

Director: ENRIQUE ESPINOZA
RIVERA INDARTE 1030
Las colaboraciones son solicitadas por la dirección. No se devuelven los originales.
U. T. 66 Flores 6663.

Administrador: Leonardo Glusberg
Av. DE MAYO 560
Suscripción anual en el país, \$ 2 m/n. En el exterior, \$ 1 o/s. Anuncios \$ 2 m/n. el cm. por col. U. T. 93 Avenida 4670.

Sociedad de escritores

Ahora que la Sociedad Argentina de Escritores es ya una realidad casi definitiva, nos permitimos hacer algunas indicaciones a sus directores y fundadores.

En primer término, la conveniencia de postular cuanto antes, la representación de la S. A. D. E. en los jurados de los concursos literarios municipales y nacionales. Después, el envío de un delegado ante la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Aunque, en esta última, bastaría conseguir, por ahora, la publicación detallada de los libros que adquiere de favor y a precios fantásticos, para comprobar cómo malgasta el dinero que corresponde a las Bibliotecas argentinas. Pero acerca de este vicio de la C. P. B. P., algunos editores nacionales están preparando un memorial de esmenes y experiencias, que servirá sin duda al Poder Ejecutivo para mandar en seguida un interventor oficial, que bien podría ser de la S. A. D. E.

El nacionalismo

por H. L. Mencken

De las Notas clínicas en colaboración con G. L. Nathan, en "The American Mercury".

SUPERFICIALMENTE, la idea del nacionalismo parece triunfar en el mundo, tal como parece triunfar el puritanismo en los Estados Unidos. Pero ambos triunfos no son más que una mera ilusión. El nacionalismo no indica que la gente norteamericana actualmente esté ganando en virtud; el hecho sólo demuestra que los puritanos, frenéticos entre la laxitud ética, están tratando de vencer la corriente por la fuerza. En otras palabras, están tratando de hacer el Océano barriendolo con escobas. Hace veinte años, con cafés en cada esquina, levantados legal y popularmente, y burdeles bien abiertos en cada barrio americano, la gente de Norte América era, sin átomo de duda, la más moral y hasta la más mojada de la Cristiandad. Hoy que casi toda orgía concebible está prohibida por leyes drásticas, casi vamos siendo la gente más disipada. Piénsese, por ejemplo, en la derrota completa del puritanismo reformador de Comstock; cuando se comentaba el promedio de jóvenes norteamericanas que estaban tan ignorantes de los misterios del sexo como de los dialectos del Antiguo Coptico; hablar de eso, por cuidadosamente que se hiciera, era ya una provocación indecible; aún entre casados el marido evitaba ese asunto temible, y eso, teniendo en cuenta que él mismo no lo ignoraba. Hoy después de cincuenta años de esfuerzos heroicos para proteger la inocencia de la mujer, ella sabe casi tanto acerca de eso, como una matrona o como una naturista, y lo discute frecuentemente sin sonrojarse. Tampoco había en 1890 mujeres policías que inspeccionaron los salones de bailes públicos, y sus parroquianos, vestidos con lo que ahora parecería cotas de malla, bailando el *tuo step*. En nuestros días, hay hordas de mujeres arpias, que juran echar abajo el pecado — y los salones están llenos de "flappers" medias desnudas imitando al Pequeño Egipto. Es cierto que la naturaleza humana siempre respondió de la misma manera a la amenaza o a la coacción; pero mientras más presión hacen los que abogan con una rectitud fría, más obstinadamente se les desafiará. Y éstos, mientras más obstinadamente sean provocados, más violentamente tratarán de perfeccionar y observar sus prohibiciones, hasta que, a la postre, todo el combate termine en una farsa. Tal fué lo que es acontécio a los puritanos en su esfuerzo por exaltar y resguardar castamente los domingos en Norte América; hoy en día, hasta en Kansas esto resulta sólo una broma. Esto es lo que está pasando hoy con los puritanos de Comstock y lo que también pasará con la prohibición en un esplendoroso mañana. Identica suerte le cabe a quien al frenesi del nacionalismo y, particularmente, al prurito de propagarlo por la fuerza. Después de diez años de intentos en los Estados Unidos, nos encaramos con este resultado: cualquier hombre que quiera aparentar públicamente que es un patriota se hará sospechoso de todos, inclusive de los demás patriotas. En otras palabras, el nacionalismo está empezando a devorarse a sí mismo. Obsérvese la suerte de la Legión Americana. Empezó con proyectos excelentes, teniendo una gran popularidad, y hasta pudo haber anulado a una figura importante de la vida norteamericana. Pero

HENRI BERGSON por Coriolano Alberini

EL premio Nobel llega siempre en el preciso momento en que está demás, a menos que la persona favorecida sea alguna misteriosa escandinava. En el caso de Bergson no agrava gloria a quien la posee de sobra. Tampoco tiene el cuantioso óbolo mayor importancia material, pues se sabe que el filósofo francés es hombre de holgada posición económica. De no ser así, mejor hubiera sido otorgarle el premio en 1910, cuando culminaba su prestigio intelectual.

Pocas veces se ha dado el caso de un gran filósofo que gozase en vida de tanta nombradía como Bergson. Y digo nombradía porque prestigio ya lo tuvo desde sus primeros pasos, es decir, desde antes del 90, cuando inició la reacción contra positivistas e idealistas. Respecto de los primeros, vale la pena mencionar una anécdota. Cuenta que cuando Bergson rindió examen de tesis — la que versaba sobre "Los datos inmediatos de la conciencia" — Hippólito Taine, que seguía la prueba con azorada admiración, exclamó: "¡Cuánto mal hará este joven a la filosofía!". Esto es todo un certificado de genialidad, sólo que Taine debió completar su exclamación diciendo: "¡Cuánto mal hará a mi filosofía!".

En efecto, la tesis de Bergson liquidó "La inteligencia", obra la más filosófica de Taine. Nunca había sufrido golpe más rudo de la concepción atomística-mecánica de la vida psíquica. No menos corrosiva fue la crítica de Bergson contra el *kantismo* universitario en Francia. El método bergsoniano no va únicamente contra el positivismo mecanicista, sino también contra el agnosticismo y la immanencia formalista de Kant. Porque, en substancia, Bergson es un realista, pero su ontología está construida sobre la idea del devenir absoluto, dentro y fuera de la conciencia del hombre; sólo que es en ésta donde la evolución creadora se revela con más pureza. He ahí también porque la metafísica de Bergson es una generalización de una psicología fundada en la idea de tiempo. Claro está que el tiempo bergsoniano no es la vacua duración métrica de los matemáticos, sino la substancia misma de la realidad. Para Bergson ser es crear. Y el esfuerzo de creación se patentiza en la vida y sobre todo en la conciencia. La cualidad es la esencia misma de lo real. La cuantificación, en cambio, es su deformación pragmática. El bergsonismo, es pues, antimatemático y el matemático penetra, precisamente de una u otra manera, tanto a Kant como a Spencer.

¿Es Bergson enemigo de la ciencia? Lo es en cuanto la ciencia aspira a trocarse en metafísica, como lo pretende el cientificismo. La ciencia es interpretación mecánica de la realidad y el mecanicismo es hijo genuino de la inteligencia, la cual no sabe funcionar sin convertir la evolución en ser estático. Si la inteligencia sólo sabe construir mitos pragmáticos, ¿cuál es el órgano cognoscitivo de la filosofía? Ese órgano no puede, según Bergson, ser sino la intuición.

Sorprende la tenacidad con que se ha tergiversado la intuición bergsoniana. También en la Argentina se cuenta con un respetable caudal de incomprensión al respecto. En algunas cátedras universitarias he oído a profesores declarar que la intuición es el equivalente del *pálpito*. Max Nordau, con su robusta incomprensión, dijo una vez, en cierta correspondencia, publicada en "La Nación" que la intuición bergsoniana era idéntica al instinto. Es como para desesperar de la inteligencia humana, si se considera que Bergson ha escrito páginas de una diáfana maravillosa destinada a definir las tres formas del conocimiento: instinto, inteligencia, intuición. Las tres son para Bergson, no ya grados de una misma aptitud, sino formas divergentes. El ins-

cuando sucumbió al Ku Klux Klan — es decir, al nacionalismo en su forma más pura — empezó a hacerse añicos y ahora es puñal, impotente y despreciada. Sólo en algunos de los Estados intimidados, donde se carece en absoluto de una opinión pública inteligente, hasta los políticos la ven con desprecio.

Lo cierto es que el nacionalismo en estos tiempos se mantiene opuesto al progreso humano, y está llamado a sucumbir tarde o temprano. Según las comunicaciones entre nación y nación avanzan y el intercambio de genes crece en general y los viajes aumentan, el número de hombres de obediencias deslindadas será constantemente mayor y ellos tenderán en el fondo a ser los hombres mejores de todos los pueblos

tinto es acción concreta, profundamente especializada; la inteligencia es concepcional, vale decir, abstracción utilitaria, o sea aptitud específica del *homo faber*. La intuición, en cambio, precisamente porque quiere apoderarse de la realidad a través del velo pragmático con que el interés de la vida cubre las cosas, es el esfuerzo excepcionalmente agudo y luminoso que la conciencia efectúa para coincidir con la realidad como creación pura. La intuición es, pues, una actitud muy intermitente de la conciencia, cuyo objeto es darnos una realidad libre de interés. El instinto, de su parte, es concreto, falto de elemento representativo y esclavo de los intereses inmediatos de la vida. Para decirlo todo sumariamente: la intuición es un pensar sin abstracción, el cual, de ser posible, nos lleva a una especie de metafísica de genialidad.

Bergson no ha terminado su obra; le falta coronarla con la Ética. Hace dos años, interrogado por mí al respecto, me manifestó que aún nada tenía escrito; todavía más: ni pensado. "Tengo por norma, agregó, no buscar demasiado las ideas. Prefiero dejar que surjan con naturalidad. De lo contrario, se corre el riesgo de caer en la deducción mecánica". Presumo que el gran filósofo no nos dará su ética. Su salud es por demás precaria. Tiene sesenta años, aunque su espíritu conserva la pureza y el encanto de siempre.

Si es posible dar aquí una opinión, cosa imprudente por lo arduo del tema, me atrevería a sospechar que es muy difícil obtener una ética del sistema bergsoniano.

En todo caso, si la cosa tiene interés para algún lector, puede recurrir a los "Anales del Instituto Popular de Conferencias de La Prensa", año 1925, donde he publicado un extenso ensayo sobre el problema ético en la filosofía de Bergson.

Sea el que fuere el concepto que pueda merecer esta filosofía, pues no soy bergsonista — siento una profunda admiración por Bergson. No vacilaría en afirmar que es la más grande figura filosófica que ha tenido Francia después de Descartes. Esta verdad sólo pueden comprenderla los versados en filosofía. Dejemos, pues, que los seguidores se empeñen en llamarle filósofo por damas. Pueden hacerlo en nombre de Le Dantec — descendiente de M. Homais.

Henri Bergson es la primera figura filosófica de nuestro tiempo. Comienza a gozar de gran prestigio en la misma Alemania, ya que en Norte América e Inglaterra disfruta desde hace tiempo de grande estimación, no obstante las críticas de Santayana y de Bertrand Russell.

Antes de la guerra, Bergson era casi ignorado en Alemania. Durante ella, los filósofos germanos afirmaron que Bergson carecía de originalidad. Ahora acaban de descubrir que Bergson es casi tan inteligente como un profesor alemán. Por suerte, la hora de la justicia acaba de sonar para Bergson en Alemania y en todo el mundo. Poco importa que algunos autores repudien el antiintelectualismo de Bergson. De tal o cual manera, vibran en las obras de los pensadores contemporáneos los temas bergsonianos. Celebremos el hecho, sobre todo, quienes creemos que el pensar profundo no excluye el hablar claro y la forma elegante. Cuando se ha leído un libro de Bergson, queda, no obstante la posible discrepancia, así sea la más categórica, la convicción de que para filosofar se necesita talento. Esto parece, en verdad, un lugar común, pero sería el caso de enunciarlo en son de polémica ante el espectáculo de tanto filosofismo jadeante y mecánico, frecuente en las cátedras de quienes otrora negaron la originalidad a Bergson.

Para terminar, diré que Bergson ha sido ampliamente estudiado en la Facultad de Filosofía y Letras, a partir de 1907, cuando Spencer y Comte eran aun los textos oficiales de nuestra enseñanza.

— los más civilizados y los más influyentes. Enfilarán sus narices hacia Goethe los ciudadanos de mundo, como las narices de los gitanos se inflan hacia — pongamos por caso — Coolidge, el eterno rústico. Los gitanos tratarán de vencerlos por la fuerza, pero el intento se malogrará inevitablemente. Poco a poco, los errores del corazón mismo del nacionalismo — principalmente los errores de los hombres inmobiles, anhelosos de exaltar superioridades falsas para así ocultar sus inferioridades naturales — se pondrán al análisis y al rojo.

Pero hasta que llegue ese momento, el nacionalismo tendrá su día, y antes de que eso sea día termine, muchos miles de pobres infelices darán su carne y sus huesos por la defensa de él.

En este número

El Nacionalismo, por Henry Louis Mencken; *Henri Bergson*, por Coriolano Alberini; *Diálogo inverosímil*, por Martínez Estrada; *Los mentidos del éxito*, por Horacio Varela; *Poemas del ejército*, por José Pedroni; *Cuña de la misma madera*, por Alvaro Yunque; *Del gobierno democrático*, por Leopoldo Lugones; *Notas y notabilidades*, por La Redacción; *Crítica de libros*: "Mapamundi", de Andrés Luis Caro, por César Tiempo; "Basil y Filosofía" de Roberto Gache, por Hernán Gómez; "El Águila y la Serpiente" de Martín Luis Guzmán, por Protasio Lucero.

En el próximo número publicaremos: *Colonialismo espiritual*, por Alberto Gerchunoff; *Cartas sin permiso*, por Alfonso Reyes; *Notas inéditas sobre H. G. Wells*, por Arturo Canella; *Turquenter y el castellano*, por Enrique Espinoza; *Tres cuentos rusos* de Isaac Babel; *Crítica de libros*, por Antonio Vallejo, Luis Emilio Soto y José Hernán Figueroa.

Diálogo inverosímil

por E. Martínez Estrada

La Muerte y la Literatura. (En una biblioteca o en un museo).

LA Muerte. — Hemos trabajado ambas de consuno. El mundo nos debe mucho, si no todo, puesto que si tú lo arrebataras lo que le has prestado de ilustro y yo le restituyera lo que le he quitado de real, volvería al caos y a la fealdad. Yo he suprimido lo que no podía subsistir, porque ya era demasiado cierto; tú has consolidado lo que merecía salvarse para siempre. Reconocerás que los dioses me deban, como a Teseo, la extirpación de lo peligroso, lo feo y lo anómalo, y también que haya respetado, hasta ahora al menos, aquello que es realmente universal.

LA Literatura. — ¡Qué más remedio! Tú eres sencillamente mi colaboradora y eres de sentido por tí misma. Lo adquieres por privación, como la sombra recorta al objeto y lo define, o como el espacio demarca e individualiza los cuerpos poniéndoles un límite que ellos mismos no pueden superar. Por mí este mundo ha tomado un sentido de belleza y de verdad, y aún si tú misma has llegado al pedestal de las divinidades sombrías, has sido por mi intercesión.

LA Muerte. — También por mí ha tomado el mundo sentido de belleza y de verdad.

LA Literatura. — Yo he puesto en concordancia al Hombre y la Naturaleza; y hasta la ciencia, cuando extirpe a las artes, quedará reducida a literatura.

LA Muerte. — Te arrojas lo que apenas todas las artes juntas pueden pretender para sí. Será el arte, convertido en belleza de armoniosa exactitud, quien devorará a la ciencia, porque la ciencia es la muerte, soy yo misma. Y tú, dentro del arte, eres su parte más preciosa, su epidemia esclerosada y cadavérica. Toda obra de arte es el cadáver rígido, inmutable, de una emoción que es pensamiento, que es lo único vivo. Eres lo que el arte deja en su combustión: mera ceniza, hermana mía. Y así como yo expurgo de lo decrepito y teratológico al mundo de los objetos, así tú expurgas al mundo de las formas y las expresiones.

LA Literatura. — Ese título de reparadora es literario; me lo debes.

LA Muerte. — Tampoco tú hubieras nacido sin mí. Naciste como necesidad de comentar mi obra que, como sabes, es divina. Sólo que en vez de celebrar mi noble misión de correctora, has enaltecido lo que iba yo dejando sin hacer, porque no me era posible terminar de pronto esa faena de acendrar y corregir, que tantos dolores de cabeza me da todavía. Me has enemistado con el hombre, a cuyo servicio me he puesto.

Además, has encontrado en mí tema permanente y patético. Aun si el amor y la felicidad son algo (tú misma lo has dicho), es porque han de morir. Lo eterno no es bello.

LA Literatura. — No es bello porque está muerto.

LA Muerte. — Tú eres en realidad mi colaboradora. Das sentido a lo que aun no lo tiene, descubres una conclusión en lo que aún está elaborándose, haciéndose. ¡Y si eso fuera todo!; concretas, haces el retrato y la historia de lo que está concluido, fijas, perpetuas lo que está muerto.

La Literatura. — En tal caso, todo el arte y toda la ciencia es muerte.
 La Muerte. — ¡Claro! Para la vida, la combustión del pensamiento produce esas escorias que los hombres llaman ciencia y arte y que han de utilizarse como abono para nuevas ideas y nuevos sentimientos. Perdóname, pero en el mundo de las representaciones ellos son como los detritus del espíritu. ¡Estos nutridotes de cadáveres, estas galvanizaciones mortuorias!

La Literatura. — Si, mas he vuelto a darte el sentido de sufrimiento y de alegría que tuvieron cuando estaban vivas y así las he rescatado de ti, no de la muerte evidente, sino la de que para el hombre está oculta; de la muerte definitiva y total, que es la de no haber sido nunca.

Los mendigos del éxito
 por Horacio Varela

CUALQUIERA que sea la posición artística, la línea recta es la más difícil de recorrer. Como la semola al lenguaje, se llega a ella después de muchos sacrificios. Ajustarse, entonces, al sentido moral es ajustarse a la línea recta. La más pequeña claudicación rompe la hermosura de la perspectiva, clara y limpia.

Los mejores y más honestos artistas de todos los tiempos y escuelas, — salvo rarísimas excepciones — se caracterizaron precisamente por ello: porque recorrieron sin marearse, sin vacilar, sin hacer oídos a intereses subalternos, — ¡fijos los ojos agrandados de distancia! — de cielo — se tablan angosto como un andamio puesto a gran altura. Lo recorrieron sin mirar hacia abajo. No claudicaron. Conocían la importancia suprema del sentido moral que se debe exigir a un artista. Por eso no cayeron y por eso viven en el respeto de todos.

Es decir, tuvieron aquello de que hoy carece la mayoría de los artistas de la nueva generación. Se empararon en la noción exacta de su deber de artistas: el ineludible deber de una ética en sus obras. Demanda del arte cantar la forma, el gusto, pero la moral no puede cambiar ni permitirse concesiones. La moral es la misma, ayer, hoy y mañana, porque está en el espíritu de la humanidad consciente, por encima de todas las revoluciones y de los reclamos que marcan inadmisiblemente el infinito. Ser artistas originales, avasalladores, ir contra lo establecido esto es el mejor galardón de una juventud de vanguardia. Un galardón imprescindible la capacidad. No se fustiga también tomar de la mano a la moral y llevarla a nuestro lado, valientemente, sin rubores, como se lleva una novia.

Sin embargo, "nosotros sabemos que en nuestro ambiente artístico de los círculos de los "hoyáimales", hay muchos que empuñan su talento por la ausencia del sentido moral. Por eso caminan con una sola pierna y miran con un ojo de menos. La alteración de valores que trae la post-guerra es la causa primaria. Una

causa que como todo lo importado, nosotros la recibimos en caricatura. Por eso se busca la forma nueva a todo trance, hasta caer en el disparate gramatical, en el retorcimiento de los planos, de las líneas plásticas o en la dislocación de los elementos armónicos. Raza vez hay espontaneidad en lo novedoso. En muchas ocasiones la forma nueva es la consecuencia ridícula de un retorcimiento visible: casi siempre la evidencia dolorosa de una incapacidad genética. La belleza, si la hay, es artificial, en forma defectuosa, como partida con foret. Por eso, se cae en brazos de lo ridículo que es la gramática estropeada de intento, la belleza descompuesta, el arte buérfano de un sentido humano, la belleza histórica como una prostituta a la cual se le exige planes nuevos, que siempre resultan posturas morbosas y horribles.

¿Qué acusa sino esto la casi totalidad de los titulados "vanguardistas"? La línea recta es la más sencilla, si, pero resulta, claro, la más penosa. Llevar las pupilas en alto, es esfuerzo que cansa cuando no hay un ideal puro que reconforte. Por eso se busca el sendero corto para abreviar el éxito rápido, fácil, la popularidad escandalosa, fugaz, como la luz de un fósforo, a costa de todos los renunciamientos y de todas las bajezas disfrazadas.

Son los modistos del arte, los proveedores de un público de incautos. He ahí la única ambición junto al primer verso, a la primera tula y al primer monigote tallado. Son ellos los frenéticos buscadores del éxito: en los círculos, en las revistas, en

los salones, en los diarios. Se toma por asalto la camarilla. Se elogia sin convicción. Se elogia para ser elogiado. El hombre muto es el pan cotidiano de toda esta gentuza. Se escarnea a la figura de prestigio más o bien ganado, sólo por espíritu de escándalo, cuando no de envidia o por deseos de popularidad.

Y estos hombres forman gran número. Dentro del ambiente intelectual sabemos quiénes son. Los conocemos. Son los que repudian el trabajo paciente, a conciencia, elaborado en el molde de la honestidad artística, de la paciencia que serena y enseña y bajo el patrón de una moral única. Ante él retroceden como el clavo martillado sobre una roca. Buscan el escándalo como una prostituta a la cual se le exige planes nuevos, que siempre resultan posturas morbosas y horribles.

Y estos hombres forman gran número. Dentro del ambiente intelectual sabemos quiénes son. Los conocemos. Son los que repudian el trabajo paciente, a conciencia, elaborado en el molde de la honestidad artística, de la paciencia que serena y enseña y bajo el patrón de una moral única. Ante él retroceden como el clavo martillado sobre una roca. Buscan el escándalo como una prostituta a la cual se le exige planes nuevos, que siempre resultan posturas morbosas y horribles.

Y estos hombres forman gran número. Dentro del ambiente intelectual sabemos quiénes son. Los conocemos. Son los que repudian el trabajo paciente, a conciencia, elaborado en el molde de la honestidad artística, de la paciencia que serena y enseña y bajo el patrón de una moral única. Ante él retroceden como el clavo martillado sobre una roca. Buscan el escándalo como una prostituta a la cual se le exige planes nuevos, que siempre resultan posturas morbosas y horribles.

Y estos hombres forman gran número. Dentro del ambiente intelectual sabemos quiénes son. Los conocemos. Son los que repudian el trabajo paciente, a conciencia, elaborado en el molde de la honestidad artística, de la paciencia que serena y enseña y bajo el patrón de una moral única. Ante él retroceden como el clavo martillado sobre una roca. Buscan el escándalo como una prostituta a la cual se le exige planes nuevos, que siempre resultan posturas morbosas y horribles.

Y estos hombres forman gran número. Dentro del ambiente intelectual sabemos quiénes son. Los conocemos. Son los que repudian el trabajo paciente, a conciencia, elaborado en el molde de la honestidad artística, de la paciencia que serena y enseña y bajo el patrón de una moral única. Ante él retroceden como el clavo martillado sobre una roca. Buscan el escándalo como una prostituta a la cual se le exige planes nuevos, que siempre resultan posturas morbosas y horribles.

POEMAS DEL EJERCITO por José Pedroni

PARTIDA
 CUANDO los diez muchachos de mi clase llenaron el zaguán, con tu asistencia muda yo comía el último pan.

Bebí de pie la copa rebosante, te di, apurado, un apretón, y salí sin llevarte hasta la puerta sobre mi corazón.

En la calle los niños nos cercaron, y al primer ademán, su cadena de voces deshicieron: se van... se van...

Mis hermanas reían en la puerta, mi padre también; sólo tú, a punto de morir, llorabas sin ningún sostén.

TREN
 PRIMERO fué vivir a toda gente que se paraba a ver pasar el tren, reír en coro sobre cada puente y entrar cantando en cada nuevo andén.

Después, ante el sosiego vespertino, abandonando la sien sobre la mano, y a observar la fuga del camino o el lento adiós del álamo lejano.

Hacia la noche repetir aparte tu nombre con unción, y querer regresar para llevarte hasta la puerta, sobre el corazón.

REGRESO
 VELOZMENTE los ranchos del camino y lentamente el álamo lejano, aparentaban irse hacia mi pueblo: jorobita del llano.

Sin duda, allá, con el más chico alzado, tú llorabas mi nombre, y mi padre, fumando, te decía: ¡por fin se va a hacer hombre!

causa que como todo lo importado, nosotros la recibimos en caricatura. Por eso se busca la forma nueva a todo trance, hasta caer en el disparate gramatical, en el retorcimiento de los planos, de las líneas plásticas o en la dislocación de los elementos armónicos. Raza vez hay espontaneidad en lo novedoso. En muchas ocasiones la forma nueva es la consecuencia ridícula de un retorcimiento visible: casi siempre la evidencia dolorosa de una incapacidad genética. La belleza, si la hay, es artificial, en forma defectuosa, como partida con foret. Por eso, se cae en brazos de lo ridículo que es la gramática estropeada de intento, la belleza descompuesta, el arte buérfano de un sentido humano, la belleza histórica como una prostituta a la cual se le exige planes nuevos, que siempre resultan posturas morbosas y horribles.

¿Qué acusa sino esto la casi totalidad de los titulados "vanguardistas"? La línea recta es la más sencilla, si, pero resulta, claro, la más penosa. Llevar las pupilas en alto, es esfuerzo que cansa cuando no hay un ideal puro que reconforte. Por eso se busca el sendero corto para abreviar el éxito rápido, fácil, la popularidad escandalosa, fugaz, como la luz de un fósforo, a costa de todos los renunciamientos y de todas las bajezas disfrazadas.

Son los modistos del arte, los proveedores de un público de incautos. He ahí la única ambición junto al primer verso, a la primera tula y al primer monigote tallado. Son ellos los frenéticos buscadores del éxito: en los círculos, en las revistas, en

los salones, en los diarios. Se toma por asalto la camarilla. Se elogia sin convicción. Se elogia para ser elogiado. El hombre muto es el pan cotidiano de toda esta gentuza. Se escarnea a la figura de prestigio más o bien ganado, sólo por espíritu de escándalo, cuando no de envidia o por deseos de popularidad.

Y estos hombres forman gran número. Dentro del ambiente intelectual sabemos quiénes son. Los conocemos. Son los que repudian el trabajo paciente, a conciencia, elaborado en el molde de la honestidad artística, de la paciencia que serena y enseña y bajo el patrón de una moral única. Ante él retroceden como el clavo martillado sobre una roca. Buscan el escándalo como una prostituta a la cual se le exige planes nuevos, que siempre resultan posturas morbosas y horribles.

Y estos hombres forman gran número. Dentro del ambiente intelectual sabemos quiénes son. Los conocemos. Son los que repudian el trabajo paciente, a conciencia, elaborado en el molde de la honestidad artística, de la paciencia que serena y enseña y bajo el patrón de una moral única. Ante él retroceden como el clavo martillado sobre una roca. Buscan el escándalo como una prostituta a la cual se le exige planes nuevos, que siempre resultan posturas morbosas y horribles.

Y estos hombres forman gran número. Dentro del ambiente intelectual sabemos quiénes son. Los conocemos. Son los que repudian el trabajo paciente, a conciencia, elaborado en el molde de la honestidad artística, de la paciencia que serena y enseña y bajo el patrón de una moral única. Ante él retroceden como el clavo martillado sobre una roca. Buscan el escándalo como una prostituta a la cual se le exige planes nuevos, que siempre resultan posturas morbosas y horribles.

Y estos hombres forman gran número. Dentro del ambiente intelectual sabemos quiénes son. Los conocemos. Son los que repudian el trabajo paciente, a conciencia, elaborado en el molde de la honestidad artística, de la paciencia que serena y enseña y bajo el patrón de una moral única. Ante él retroceden como el clavo martillado sobre una roca. Buscan el escándalo como una prostituta a la cual se le exige planes nuevos, que siempre resultan posturas morbosas y horribles.

Y estos hombres forman gran número. Dentro del ambiente intelectual sabemos quiénes son. Los conocemos. Son los que repudian el trabajo paciente, a conciencia, elaborado en el molde de la honestidad artística, de la paciencia que serena y enseña y bajo el patrón de una moral única. Ante él retroceden como el clavo martillado sobre una roca. Buscan el escándalo como una prostituta a la cual se le exige planes nuevos, que siempre resultan posturas morbosas y horribles.

Y estos hombres forman gran número. Dentro del ambiente intelectual sabemos quiénes son. Los conocemos. Son los que repudian el trabajo paciente, a conciencia, elaborado en el molde de la honestidad artística, de la paciencia que serena y enseña y bajo el patrón de una moral única. Ante él retroceden como el clavo martillado sobre una roca. Buscan el escándalo como una prostituta a la cual se le exige planes nuevos, que siempre resultan posturas morbosas y horribles.

ria burguesa, anticuada y al día siguiente se le pedirá una opinión sobre un cuadro o se le hará el obsequio del propio libro con el requerimiento suplicante de un elogio; elogio u opinión para los cuales se mendigará luego un espacio de periódico.

En la casi totalidad de los casos, las expresiones que pretenden acusar una renovación de valores no son sino eso: un pretexto para provocar el escándalo y usufructuar la curiosidad. Son en resumidas cuentas, los mendigos del éxito momentáneo, los que se alaban mutuamente, se ofrecen banquetes, se preparan homenajes y se cantan discursos laudatorios. Por su inmoralidad manifiesta, salen de lo ridículo para entrar en el terreno de lo despreciable.

Cuña de la misma madera
 por Alvaro Yunque

I
 El hombre, en general, guarda rencor al que habla mal de él. Un literato también guarda rencor al que no habla de él.

II
 Todos no deben ser cargos contra la vanidad: Hay algunos literatos honrados sólo por parecerlo, no porque lo sean.

III
 Los poetas elegiacos son los seres más retardatarios que existen. Si tienen que describir el amor, ¡todavía! lo hacen arrojándolo de arco, carajal y flechas, como al Cupido de los griegos. Todavía no han descubierto la pólvora.

IV
 Venganza de literato: Pienso en la multitud de senadores, diputados y ministros, deportados y millonarios que ignoran mi existencia. Y me regocijo saboreando mi venganza al pensar en la multitud de seres que sabrá que yo existí e ignorará que ellos existieron.

V
 Recuerdas que X. habló mal de ti, pero no recuerdas qué dijo. Esto prueba que eres soberbio y rencoroso. Desprecias su opinión, ya que la has olvidado, pero sin olvidar que te es adversa.

VI
 Hay hombres que si no escribiesen no sabríamos que son idiotas! Hay mujeres que si no se pusieran colorete y polvo no se les podría contar las arrugas.

VII
 ¡Por qué lamentarte de la profusión de literatos mediocres! Desahóciate! ¿Les debes la existencia! Tú brillas porque ellos son sombras.

los salones, en los diarios. Se toma por asalto la camarilla. Se elogia sin convicción. Se elogia para ser elogiado. El hombre muto es el pan cotidiano de toda esta gentuza. Se escarnea a la figura de prestigio más o bien ganado, sólo por espíritu de escándalo, cuando no de envidia o por deseos de popularidad.

Y estos hombres forman gran número. Dentro del ambiente intelectual sabemos quiénes son. Los conocemos. Son los que repudian el trabajo paciente, a conciencia, elaborado en el molde de la honestidad artística, de la paciencia que serena y enseña y bajo el patrón de una moral única. Ante él retroceden como el clavo martillado sobre una roca. Buscan el escándalo como una prostituta a la cual se le exige planes nuevos, que siempre resultan posturas morbosas y horribles.

Y estos hombres forman gran número. Dentro del ambiente intelectual sabemos quiénes son. Los conocemos. Son los que repudian el trabajo paciente, a conciencia, elaborado en el molde de la honestidad artística, de la paciencia que serena y enseña y bajo el patrón de una moral única. Ante él retroceden como el clavo martillado sobre una roca. Buscan el escándalo como una prostituta a la cual se le exige planes nuevos, que siempre resultan posturas morbosas y horribles.

Y estos hombres forman gran número. Dentro del ambiente intelectual sabemos quiénes son. Los conocemos. Son los que repudian el trabajo paciente, a conciencia, elaborado en el molde de la honestidad artística, de la paciencia que serena y enseña y bajo el patrón de una moral única. Ante él retroceden como el clavo martillado sobre una roca. Buscan el escándalo como una prostituta a la cual se le exige planes nuevos, que siempre resultan posturas morbosas y horribles.

Y estos hombres forman gran número. Dentro del ambiente intelectual sabemos quiénes son. Los conocemos. Son los que repudian el trabajo paciente, a conciencia, elaborado en el molde de la honestidad artística, de la paciencia que serena y enseña y bajo el patrón de una moral única. Ante él retroceden como el clavo martillado sobre una roca. Buscan el escándalo como una prostituta a la cual se le exige planes nuevos, que siempre resultan posturas morbosas y horribles.

Y estos hombres forman gran número. Dentro del ambiente intelectual sabemos quiénes son. Los conocemos. Son los que repudian el trabajo paciente, a conciencia, elaborado en el molde de la honestidad artística, de la paciencia que serena y enseña y bajo el patrón de una moral única. Ante él retroceden como el clavo martillado sobre una roca. Buscan el escándalo como una prostituta a la cual se le exige planes nuevos, que siempre resultan posturas morbosas y horribles.

Y estos hombres forman gran número. Dentro del ambiente intelectual sabemos quiénes son. Los conocemos. Son los que repudian el trabajo paciente, a conciencia, elaborado en el molde de la honestidad artística, de la paciencia que serena y enseña y bajo el patrón de una moral única. Ante él retroceden como el clavo martillado sobre una roca. Buscan el escándalo como una prostituta a la cual se le exige planes nuevos, que siempre resultan posturas morbosas y horribles.

Y estos hombres forman gran número. Dentro del ambiente intelectual sabemos quiénes son. Los conocemos. Son los que repudian el trabajo paciente, a conciencia, elaborado en el molde de la honestidad artística, de la paciencia que serena y enseña y bajo el patrón de una moral única. Ante él retroceden como el clavo martillado sobre una roca. Buscan el escándalo como una prostituta a la cual se le exige planes nuevos, que siempre resultan posturas morbosas y horribles.

Y estos hombres forman gran número. Dentro del ambiente intelectual sabemos quiénes son. Los conocemos. Son los que repudian el trabajo paciente, a conciencia, elaborado en el molde de la honestidad artística, de la paciencia que serena y enseña y bajo el patrón de una moral única. Ante él retroceden como el clavo martillado sobre una roca. Buscan el escándalo como una prostituta a la cual se le exige planes nuevos, que siempre resultan posturas morbosas y horribles.

Del gobierno democrático — por Leopoldo Lugones

Todo hombre tiene el derecho de curarse; pero esto no lo confiere el dominio de la medicina. Si transferimos a la política esta verdad de sentido común, hallaremos que su expresión es idéntica. Todo hombre tiene el derecho de gobernarse; pero esto no lo confiere la capacidad de gobernar. Porque el gobierno, como la medicina, es un arte que requiere estudio teórico y práctico. Complicación por complicación, y tarea por tarea, las del gobierno son mayores todavía. Es más difícil hallar un buen estadista que un buen médico.

Cuando el pueblo elige gobernantes por el sistema del sufragio universal, parece que efectúa una operación análoga a la de llamar médico al paciente o abogado al litigante; pero no es así. El pueblo, al elegir, gobierna directamente: es decir, nombra magistrados para que hagan lo que él quiere y no lo que ellos crean que deba hacerse, como sucede cuando se recurre al facultativo y al juriconsulto. El pueblo es soberano, no quiere decir, exactamente, que en todo. Así, el sistema democrático reconoce en nuestro país, a cualquier ciudadano sin excepción, el derecho de elegir y ser electo: o sea la capacidad total de gobernar, por el hecho de haber nacido.

Como la facultad de elegir, que es la más importante según se ve, sólo la ejercen los varones de más de dieciocho años, resulta que aún suponiendo excedida la mayoría extraordinaria de la última elección presidencial, ella no pasa de un millón de individuos; o sea la décima parte de la población del país. La elección entrega a este décimo del total de habitantes la posesión de la República por seis años. Puede hacer de ella lo que quiera, sin más responsabilidad que ante sí mismo. La peculiaridad esencial de toda soberanía es

el poder discrecional, sin más límite que su propia fuerza.

El ideólogo demo-liberal nos recuerda, entonces, que la soberanía del pueblo está limitada por la Constitución. Pero es el caso que ese mismo pueblo político del decimo de habitantes, puede modificar y destruar la Constitución cuando le plazca; fuera de que — para no ir tan lejos — las deformaciones y violaciones de la Constitución no responsabilizan sino ante ese mismo pueblo. Afirmando lo contrario equivale a sostener que la camisa de un hombre puede restringir su voluntad.

Obligado a convenir en que los gobernantes violan cuantas veces quieren la Constitución, sin que pueda aplicárseles responsabilidad efectiva, el ideólogo demo-liberal fulmina por boca de Albedri una sentencia imponente: "el pueblo no es soberano, sino de lo justo". Sólo que, tanto él como su maestro, omiten la definición de "lo justo", porque saben que recaerá en los mismos caminos: prácticamente hablando, justo es todo aquello que el pueblo declara tal. Porque si hubiese alguien más justo que el pueblo, este alguien sería el soberano en el dominio de la justicia. Pero la justicia es uno de los poderes que el pueblo instituye para que hagan su voluntad. Y siempre que se realice esta condición, será justo lo resuelto. No cabe duda y la historia abunda en ejemplos comprobatorios, que eso puede ser a la vez inicuo, bárbaro y absurdo. Pero las consecuencias buenas y malas de la soberanía están dentro de su concepto absoluto. Soberanía limitada, deja de serlo.

Es que — balbuce todavía el ideólogo — es que el pueblo puede equivocarse. Pero semejante suposición no cabe en la lógica de la democracia. Dentro de ella, al contrario, el pueblo nunca se equivoca. Su soberanía confiere también el monopolio del acierto y de la verdad. Porque de lo contrario, podría haber algunas superior al pueblo en esos dominios, y esto es repugnante también al concepto de soberanía. Así se vio la vez pasada en el democratísimo estado de Tennessee: el pueblo prohibió la enseñanza de la evolución biológica porque contrariaba lo que él creía verdad. Y cuando se recurrió contra esto a la Suprema Corte, dicho tribunal confirmó la prohibición del pueblo, porque todos los poderes del gobierno democrático están al servicio de la voluntad popular.

Es que la democracia constituye una transferencia del absolutismo del rey al pueblo soberano. Pero como esta última entidad es moralmente inescrutable, lo cual significa irremediablemente anárquica, la democracia resulta, según lo tengo dicho, el gobierno de

pector al efecto, adoptaba como tema de su discurso inaugural en la de Marsella, una frase que, para mejor, inscribábase en un reciente concepto del emperador de Austria ante el liceo de Leibach: "le roi n'a pas besoin de savants."

Pero la soberanía democrática es más exigente aun. La ignorancia es la aspiración suprema del mediocre y del inferior, que constituyen en todas partes la mayoría electoral. El más poderoso de los móviles democráticos es la envidia que aspira al rebajamiento y al despojo; porque el pueblo o sea la mayoría antedicha, es pesimista y ladrón, dimanando de esto la necesidad de la fuerza como instrumento de gobierno. Pero elegir significa substancialmente designar al mejor. Y aquí está el irremediablemente contradictorio de la democracia. Cuando ésta llega a elegir un buen gobernante es por casualidad confirmatoria del fatalismo antedicho.

Así, el objeto único de la democracia es que el pueblo se gobierne por medio de representantes que elige con dicho fin; y cuando esta última operación se efectúa con entera libertad, el sistema se ha realizado. La verdad del sufragio es sinónima de perfección democrática. O, para decirlo acaso mejor, es la concreción perfecta de la soberanía en cuya virtud el pueblo resulta dueño efectivo de la verdad, la justicia y la razón.

Ahora bien: es indudable que en las últimas elecciones hemos alcanzado este estado perfecto. No se explica, entonces, por qué hay políticos, filósofos y críticos demoliberales que lo comentan con amargo desencanto. Se han pasado de la vida clamando por la democracia de verdad, y cuando la tienen les parece abominable. Dirán que es por los resultados personales que ha conseguido el gobierno en la designación de esta o de aquella persona, sino la efectividad de la soberanía del pueblo. Y, bajo este concepto, la mayoría que ha conquistado el gobierno en las elecciones, tiene el derecho de hacer todo cuanto quiera. Lo que haga de bueno y malo será por la voluntad de las personas electas, no porque nada superior a ella las obligue. El político demoliberal no reconoce tampoco otro juez que su conciencia. Todo lo cual constituye, según se ve, un enigma del fuero interno; porque la democracia es, repito, el gobierno de la fatalidad.

Peró no son los filósofos demoliberales los que tengan derecho a esta conclusión, sino los que, ajenos a la democracia teórica y práctica, podemos criticarla sin reato

la fatalidad. Cada elección es una aventura; y lo único que evita, en parte, las consecuencias funestas de este perpetuo juego de azar, es la existencia de políticos profesionales que localizan en sus personas un quantum de probabilidad. En cambio, el nivel del gobierno se rebaja proporcionalmente en la inmoralidad y la incompetencia. El sufragio universal es adverso a los competentes, porque toda habilidad superior comporta una desigualdad que se torna aristocrática en el sabio y en el artista.

El concepto de soberanía aparece en la posesión de la verdad; y así se trate del pueblo, como del rey, lo expresa en los mismos términos.

Nadie ignora la respuesta del presidente del tribunal revolucionario a Lavoisier, cuando éste pidió el aplazamiento de su propia ejecución por ocho días, para concluir un experimento de utilidad pública: "La République n'a pas besoin de savants". Pocos años después, bajo la Restauración que había entregado a los obispos la superintendencia de las universidades, el abate Elizagaray, ins-

Es que la democracia constituye una transferencia del absolutismo del rey al pueblo soberano. Pero como esta última entidad es moralmente inescrutable, lo cual significa irremediablemente anárquica, la democracia resulta, según lo tengo dicho, el gobierno de

pector al efecto, adoptaba como tema de su discurso inaugural en la de Marsella, una frase que, para mejor, inscribábase en un reciente concepto del emperador de Austria ante el liceo de Leibach: "le roi n'a pas besoin de savants."

Pero la soberanía democrática es más exigente aun. La ignorancia es la aspiración suprema del mediocre y del inferior, que constituyen en todas partes la mayoría electoral. El más poderoso de los móviles democráticos es la envidia que aspira al rebajamiento y al despojo; porque el pueblo o sea la mayoría antedicha, es pesimista y ladrón, dimanando de esto la necesidad de la fuerza como instrumento de gobierno. Pero elegir significa substancialmente designar al mejor. Y aquí está el irremediablemente contradictorio de la democracia. Cuando ésta llega a elegir un buen gobernante es por casualidad confirmatoria del fatalismo antedicho.

Así, el objeto único de la democracia es que el pueblo se gobierne por medio de representantes que elige con dicho fin; y cuando esta última operación se efectúa con entera libertad, el sistema se ha realizado. La verdad del sufragio es sinónima de perfección democrática. O, para decirlo acaso mejor, es la concreción perfecta de la soberanía en cuya virtud el pueblo resulta dueño efectivo de la verdad, la justicia y la razón.

Ahora bien: es indudable que en las últimas elecciones hemos alcanzado este estado perfecto. No se explica, entonces, por qué hay políticos, filósofos y críticos demoliberales que lo comentan con amargo desencanto. Se han pasado de la vida clamando por la democracia de verdad, y cuando la tienen les parece abominable. Dirán que es por los resultados personales que ha conseguido el gobierno en la designación de esta o de aquella persona, sino la efectividad de la soberanía del pueblo. Y, bajo este concepto, la mayoría que ha conquistado el gobierno en las elecciones, tiene el derecho de hacer todo cuanto quiera. Lo que haga de bueno y malo será por la voluntad de las personas electas, no porque nada superior a ella las obligue. El político demoliberal no reconoce tampoco otro juez que su conciencia. Todo lo cual constituye, según se ve, un enigma del fuero interno; porque la democracia es, repito, el gobierno de la fatalidad.

Peró no son los filósofos demoliberales los que tengan derecho a esta conclusión, sino los que, ajenos a la democracia teórica y práctica, podemos criticarla sin reato

la fatalidad. Cada elección es una aventura; y lo único que evita, en parte, las consecuencias funestas de este perpetuo juego de azar, es la existencia de políticos profesionales que localizan en sus personas un quantum de probabilidad. En cambio, el nivel del gobierno se rebaja proporcionalmente en la inmoralidad y la incompetencia. El sufragio universal es adverso a los competentes, porque toda habilidad superior comporta una desigualdad que se torna aristocrática en el sabio y en el artista.

El concepto de soberanía aparece en la posesión de la verdad; y así se trate del pueblo, como del rey, lo expresa en los mismos términos.

Nadie ignora la respuesta del presidente del tribunal revolucionario a Lavoisier, cuando éste pidió el aplazamiento de su propia ejecución por ocho días, para concluir un experimento de utilidad pública: "La République n'a pas besoin de savants". Pocos años después, bajo la Restauración que había entregado a los obispos la superintendencia de las universidades, el abate Elizagaray, ins-

Es que la democracia constituye una transferencia del absolutismo del rey al pueblo soberano. Pero como esta última entidad es moralmente inescrutable, lo cual significa irremediablemente anárquica, la democracia resulta, según lo tengo dicho, el gobierno de

pector al efecto, adoptaba como tema de su discurso inaugural en la de Marsella, una frase que, para mejor, inscribábase en un reciente concepto del emperador de Austria ante el liceo de Leibach: "le roi n'a pas besoin de savants."

Pero la soberanía democrática es más exigente aun. La ignorancia es la aspiración suprema del mediocre y del inferior, que constituyen en todas partes la mayoría electoral. El más poderoso de los móviles democráticos es la envidia que aspira al rebajamiento y al despojo; porque el pueblo o sea la mayoría antedicha, es pesimista y ladrón, dimanando de esto la necesidad de la fuerza como instrumento de gobierno. Pero elegir significa substancialmente designar al mejor. Y aquí está el irremediablemente contradictorio de la democracia. Cuando ésta llega a elegir un buen gobernante es por casualidad confirmatoria del fatalismo antedicho.

Así, el objeto único de la democracia es que el pueblo se gobierne por medio de representantes que elige con dicho fin; y cuando esta última operación se efectúa con entera libertad, el sistema se ha realizado. La verdad del sufragio es sinónima de perfección democrática. O, para decirlo acaso mejor, es la concreción perfecta de la soberanía en cuya virtud el pueblo resulta dueño efectivo de la verdad, la justicia y la razón.

Ahora bien: es indudable que en las últimas elecciones hemos alcanzado este estado perfecto. No se explica, entonces, por qué hay políticos, filósofos y críticos demoliberales que lo comentan con amargo desencanto. Se han pasado de la vida clamando por la democracia de verdad, y cuando la tienen les parece abominable. Dirán que es por los resultados personales que ha conseguido el gobierno en la designación de esta o de aquella persona, sino la efectividad de la soberanía del pueblo. Y, bajo este concepto, la mayoría que ha conquistado el gobierno en las elecciones, tiene el derecho de hacer todo cuanto quiera. Lo que haga de bueno y malo será por la voluntad de las personas electas, no porque nada superior a ella las obligue. El político demoliberal no reconoce tampoco otro juez que su conciencia. Todo lo cual constituye, según se ve, un enigma del fuero interno; porque la democracia es, repito, el gobierno de la fatalidad.

Peró no son los filósofos demoliberales los que tengan derecho a esta conclusión, sino los que, ajenos a la democracia teórica y práctica, podemos criticarla sin reato



Leopoldo Lugones

COLECCION LA VIDA LITERARIA

DESDE EL N.º 1

El nacionalismo, por Leopoldo Lugones; Política social, por Arturo Canella; Caritas sin permiso, por Alfonso Reyes; Hamlet en Buenos Aires, por Roberto Gache; Indioes, por Enrique Moreno; Maestría de Juglaría, por Enrique Martini; Estrada, por Pizari, por Alberto Fleischer; Dos poemas, por Luis L. Franco; La información filosófica, por Francisco Romero; Dos poemas con el autor de "El Beldad", por Enrique Espinoza; Una noche de Edén, por Horacio Quiroga; Crítica de libros, por Carlos G. Saffari, Julio Estrella, Julio Frangini, Eduardo Uribe.

N.º 2

Nuestro Nacionalismo, por Ernesto Palacio; Primera Exposición Nacional del Libro, por Enrique Espinoza; El Extranjero, por B. Sanín Cano; El Donde de sí mismo, por Héctor Olivera Lavit; Del Buenos Aires antiguo; Poeta, por Enrique Bancha; Dos parábolas del Zoo, por Carlos Vera; Edición, por Alvaro Yunque; La muerte del teatro, por Juan Lavarte; Tolodana, un cuento de Buntis Lynch; Notas y Notabilidades; Crítica de libros, por César Tiempo y Carlos Saffari.

N.º 3

Ante-presentación, por Arturo Canella; Los Indolentes, por Leopoldo Lugones; Una vida, por Alfonso Reyes; Problemas sin solución, por Rosa García Costa; A Francisco López Merino, por Jorge Luis Borges; Divorcio sobre el cine, por Héctor Banti; Literatura malvosa, por Horacio Varela; Poligamia, por Ricardo Güiraldes; Notas y Notabilidades; Crítica de libros, por Enrique Espinoza y Hernán Gómez.

La prensa paritana, por La Dirección; Rutas de América, por Carlos Pereira; El porvenir de nuestro continente, según León Tolstói; Diálogo de actualidad; El bibliógrafo y el crítico, por Rafael Alberto Arrieta; El collar, poema de Leopoldo Lugones; Diferencias, por Luis L. Franco; Dos poemas, por Enrique Espinoza; Notas y Notabilidades, por La Redacción; Crítica de libros, por Antonio Valjalo y Enrique Espinoza.

N.º 5

Nuestro idioma, por B. Sanín Cano; Política literaria, por Luis Franco; Carlos Chaplin, por Walter D'Amico; Estética sublimar, por Enrique Espinoza; El filósofo que no encuentra su tema, por Rafael Suárez Solís; La sonrisa del candidato, por E. Scalabrini Ortiz; El salvio, por Enrique Méndez Calatayud; Notas y notabilidades, por La Redacción; Crítica de libros, por Samuel Guibé y Eduardo Uribe.

SUSCRIBASE ENSEGUIDA

BANCO HIPOTECARIO NACIONAL

25 de Mayo 245/63 - Paseo L. N. Alem 232/46/60

BUENOS AIRES

Sucursales en toda la República

¡AHORRE USTED!

El ahorro contribuye al bienestar de la familia, moderando los excesos del lujo y del placer. El ahorro no solamente conduce a la independencia económica de quien lo practica, sino que además contribuye al engrandecimiento de la Nación.

Asegure un interés mínimo del 6% anual.

El Banco se encarga de la compra-venta de las cédulas y las recibe en depósito gratuito responsabilizándose de todo riesgo.

En cualquier momento puede hacerse efectivo al valor de las cédulas.

Solicite mayores datos en la Oficina de informes del Banco

BABEL

ENTRE RIOS 1585

BUENOS AIRES

PUBLICA

Tres novelas del Plajta, por A. Giménez Pastor. \$ 2.00

Seis ensayos en busca de nuestra expresión, por P. Henriquez Uréna. > 2.50

París, glossario argentino, por Roberto Gache. > 2.00

Poemas solariegos, por Leopoldo Lugones. > 2.50

Los trabajos y los días, por Luis Franco. > 2.00

Nuevos estudios helénicos por Leopoldo Lugones. > 2.50

REEDITTA

Las tardes, por Francisco López Merino. > 2.00

El hilo de oro, por Pedro Miguel Obligado. > 2.50

Moiivos del cielo, por Ezequiel Martínez Estrada. > 2.00

Baile y filosofía, por Roberto Gache. > 2.50

El salvaje, por Horacio Quiroga. > 2.00

Gracia plena, por José Pedroni. > 2.00

EN VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS

Cuadernos Literarios</

Notas y notabilidades



M. Henri Bergson por Mayol

EL premio Nobel de Literatura que la Academia de Estocolmo acaba de conferir a M. Henri Bergson, viene tan sólo a confirmar la excelencia literaria que no siempre se ha reconocido a los filósofos desde Platón hasta Ortega y Gasset.

En el caso de Bergson, dicha cualidad hallase complementada por la creación de un sistema filosófico original, cuya influencia en el pensamiento contemporáneo le ha conquistado a su autor la simpatía universal, que con motivo de este premio se ha hecho también unánime en Francia.

Y es que M. Bergson pertenece a la vieja raza de cultura que ha dado un Filón de Alejandría a Grecia, un Maimónides a España y un Spinoza a Holanda. Pensando en ellos, justamente, pudo decir Israel Zangwill, el último soñador del Ghetto, que si era cierto que los judíos agenciaban ropa vieja, no es menos verdad que también imponen al mundo ideas nuevas.

Por un error de compaginación, el artículo titulado *Las sonrisas del suicidado*, de nuestro compañero Raúl Scalabrini Ortiz, apareció incompleto en nuestro número anterior. He aquí el correspondiente final de tan aguda "anotación portañesa":

Las leyendas que rodean el retrato encierran actualmente de sentido. El tiempo ha vaciado las frases. Las palabras se resignan a ser adverbs típicos. Las brujas y los soles han amortiguado el brillo del papel y amontonado al contrario de las tintas. Las sombras emigraron, las luces también. El retrato está arrugado, caduco. Fuera de la parte visible, que apoyarse en muletas. No importa. Allí arriba, en el fondo de una columna bajo una cornisa o en el perfil de un puente, el retrato sonríe. Tiene un alma y no sabe por qué.

EN uno de los últimos números de "La Nueva República", semanario clerical y nacionalista, — el doctor Juan E. Carrillo, — ex-anarquista, ex-sindicalista, ex-médico de los ácratas, ex-candidato a concejal, ex-colaborador de revistas judías, ex ex etc. — — — — — conlleva paladinamente algunos trocitos de "La N. R."

"Si alguien tendría derecho a ello (a desalentarse), sería este grupo de "La N. R." que ha golpeado en vano a las puertas de los poderosos en procura de ayuda y que ha debido, al fin, convenirse de que la indiferencia y la falta de cordialidad son en casa enferma, algo insuperable".

A pesar del plural corrido, no logra convencernos el doctor Carrillo. En todo caso el recordarnos de las apostasias hablará en nombre

Una nueva obra de:

RAFAEL ALBERTO ARRIETA

Dickens y Sarmiento

Otros Estudios:

Shelley - Dante Gabriel Rossetti - Ingres - Verhaeren - Stefan Zweig-Debussy, etc.

\$ 2.50

En todas las Librerías

"El futuro de América"

por B. González Arélliz

Historia, política y literatura poéticas. — Un libro lleno de verdades dolorosas, pero salubres para los americanos y muy especialmente para los argentinos que no tienen el derecho de ignorarlas. — "El futuro de América" ha sido editado en Barcelona, por Araluce, con un interesante prólogo de Manuel Ugarte.

1 vol. \$ 2.50

de los nacionalistas chinos, pero no en el de escritores como Ernesto Palacio y Julio Irazusta, que merecen todo nuestro respeto, precisamente porque no son capaces de pedir nada a los poderosos...

COINCIDIENDO con nuestra campaña de independencia espiritual y contra toda exageración nacionalista, "La Prensa" del 17 del cte. publica un notable editorial del que destacamos los siguientes párrafos:

No somos "españoles de América", ni "progenie de Italia", como creen algunos, indígenas adúlteros, siéiera americanos un algo definido por el físico, por las modalidades, hasta por los defectos. Y por la topografía y por el clima, ya que somos en todo sentido verdadero país diferenciado de América, apto para cualquier tipo humano, racial y culturalmente hablando.

Es una prueba más del eco que halla nuestro periódico en todas partes.



Mme. Sigrid Undset por Blaudil

OTRA vez la Academia sueca ha querido quedar bien con las damas, premiando a una novelista: Mme. Sigrid Undset (tanto gusto). Mucho ruido se había hecho en los periódicos feministas de Copenhague acerca de esta candida-

tura. La gran revista *Vore Dames*, cuidándose de hablar de la obra de Mme. Sigrid Undset, publicó hace un año, treinta fotografías distintas de la autora, a *tous les âges*, sola, de pie y sentada en compañía de su esposo, rodeada de sus hijos en Lillenhager, etc., así como numerosos retratos familiares de tías y sobrinas de Mme. Sigrid Undset.

Un periodista danés, Victor Vinde, preguntó entonces qué tenía que ver todo eso con la literatura. La Academia sueca acabó de darle la respuesta. Mme. Sigrid Undset es más hermosa que Máximo Gorki. Es así comprobado. Además, Mme. Undset, tras de escribir una serie de novelas realistas sobre violaciones, concubinatos, infanticidios, etc., ha terminado por convertirse al catolicismo y publicar su obra maestra: "Kristin Lavransdatter", cuya una confesión...



D. Coriolano Alberini por Lubkin

DON Coriolano Alberini, ex-decano de la Facultad de Filosofía y Letras, integrará el Jurado del próximo concurso literario municipal, por el voto de los autores que se presentaron al mismo.

Es curioso señalar aquí esta elección del Dr. Alberini, hombre alejado de los círculos literarios, pero de merecido prestigio entre los hombres de letras. Tanto que, mientras la Facultad que ha presidido con evidente competencia, nunca se acordó de nombrarlo como su representante en los Jurados municipales, son los escritores y poetas jóvenes quienes por ver primera le hacen objeto de tal distinción. Y es que el Dr. Alberini tipifica un caso excepcional entre nuestros universitarios. Es decir, un profesor que no escribe como tal.

El doctor Alberini fué elegido por once votos. Alberto Gerchunoff obtuvo siete, dos Arturo Marraza y uno Bernard Shaw...

UN gran éxito de público y de crítica ha obtenido el joven dibujante Manuel Kantor con su exposición de apuntes y caricaturas, realizada en los Amigos del Arte. Junto a numerosos retratos de personajes políticos, Kantor expuso su visión particular de algunos hombres de letras. Entre otros: Enrique Larreta, Alberto Gerchunoff, Vicente Martínez Cuitiño, Alfonso Reyes, Ramiro de Maetzu, Miguel de Unamuno, George Bernard Shaw, etc.

EL último número de *Izquierda*, suplemento literario de "El Telégrafo", está dedicado a Máximo Gorki con motivo del sexagésimo aniversario de su nacimiento. Elias Castelnuovo firma el artículo inicial, titulado "De pie": una pibrecita anecdota en la que aparecen Miguel Angel, Rafael, un profesor catalán y Castelnuovo, todos en la otra banda... La anecdota concluye enfáticamente con estas palabras: "De pie! Hoy vamos a hablar de Máximo Gorki!"

Peró quien dice algo de Gorki no es ningún escritor de izquierda, sino Horacio Quiroga, en las líneas siguientes:

Para la generación actual, no creo que el nombre de Gorki signifique gran cosa. Es distinto de cuando el arte del que apasiona actualmente a los jóvenes prosistas. Pero para los hombres de hoy que hacen teoría o más allá de lo que nos apuramos nuestro incipiente francés para leerlo en esa lengua, la vida y la obra de Gorki recuerdan una de las más grandes lecciones que en punto a concepto y realización del arte hayamos aprendido de escritor alguno.

Establecimiento Gráfico

A. Baiocco y Cia.

LIBROS - REVISTAS
TRABAJOS COMERCIALES
Y DE LUJO

Editorial

Meterete

Rivadavia 5370 11 Es. As.

Crítica de libros

"MAPAMUNDI"

Por Andrés L. Caro.

AHORA que comenzamos a arrepentirnos de tanto muchacho cuyo primer libro nos alcanzó en resuelto ademán y después del triunfo huizado, se agotó en alarcan disipéptico o en reportero barato, pescador de sinecuras, no podemos menos de unir nuestra confianza a los nombres de Lisardo Zia, de Luis Emilio Soto, de Antonio Vallejo, de Santiago Ganduglia, de algún otro, que aún no aparecen sus manifiestos a la sombra de los editores en flor, ni hipotecan su porvenir con fáciles conquistas actuales. A los recién nombrados podemos añadir el nombre de Andrés Luis Caro — todavía sin apollar en las cartulas de enfilados tomos — quien, después de diez años de grávido aislamiento y pronunciado desprecio por el efímero halago de la publicidad, nos ofrece, por intermedio de la "Editorial Poesía", que quizá haya debido arrancarle el libro, su primer legítimo viaje (Elcano de armadura azul), alrededor de su mapamundi lírico.

Ya Consalvo, sopeándose algunas de las composiciones que recoge el volumen, señaló en Caro su propensión a cantar en versos de clara melodía temas del más brumoso pesimismo, practicando el alejandrino lánguido y pausado del mirru moderno. Quéis los poemas que le fueran dados compilar, esos poemas de un simbolismo patético y delicado que recoge nuestra "Exposición", le hayan inducido a señalarlos el maleficio de ese violín romántico, que hace vibrar Caro en pausadas ocasiones. Pero en realidad, el tono se acuerda a la hondura del cauce sentimental, quien lo espeja tornasolado de imágenes.

Si rehuimos el contacto con la fácil simbología romántica (ejoría de *tedio* — *pirot* — *sucio de niebla* y *de ceniza* — *el silencio* — *figura del suicidio* — *organillo falaz del corazón* — *crios del aburrimiento* — *dedo del silencio*) y la pesadumbre melodramática que traba el libre curso de su pensamiento en algunas felices tentativas, podemos verificar la presencia de un poeta personal, que nos sabe descubrirnos magníficos diorama, timados a trechos de una melancolía pertinaz, aunque inclinada a disimularse en los recordos de una visión grotesca del propio espectáculo espiritual.

De ahí que la línea, suntuosa y colorida, adquiera a veces inflexiones de caricatura, substancial o epitérmica, pero siempre correa en el trazo y eficaz en el registro melódico. Vale decir que la regularidad rítmica de los poemas de Caro, el unsono aliento musical que los condiciona, no cohiben la fluidez de su imaginación. Si a esto añadimos las numerosas realidades de belleza ("Balada de la infancia" — "Domingo" — "Trípico" — "Puerto y ausencia" — "Estación Nocturna" — "Pájaro de Fuego" y tantas otras) que contiene el libro, debemos reconocer — profesión estética de Lugones por medio — en Andrés L. Caro, un manipulador de auténtica poesía ("emoción de belleza expresada por medio del lenguaje musical"), y de, entre la estentórea patrulla de "vanguardistas" locales, uno de los mejor dotados y el de más hermosa sinceridad.

César Tiempo.

PARIS GLOSARIO ARGENTINO

Por Roberto Gache

ADMIREMOS a M. Randall que, siendo cojo, ha hecho de su cojera una escuela de elegancia. Viéndole de nuevo en escena he comprendido el alto valor humano de este ejemplo. Desde los tiempos de Demócrito, el mundo no podemos menos de unir nuestra confianza a los nombres de Lisardo Zia, de Luis Emilio Soto, de Antonio Vallejo, de Santiago Ganduglia, de algún otro, que aún no aparecen sus manifiestos a la sombra de los editores en flor, ni hipotecan su porvenir con fáciles conquistas actuales. A los recién nombrados podemos añadir el nombre de Andrés Luis Caro — todavía sin apollar en las cartulas de enfilados tomos — quien, después de diez años de grávido aislamiento y pronunciado desprecio por el efímero halago de la publicidad, nos ofrece, por intermedio de la "Editorial Poesía", que quizá haya debido arrancarle el libro, su primer legítimo viaje (Elcano de armadura azul), alrededor de su mapamundi lírico.

Entiendo que el señor Gache ha querido formular su conclusión expresando, a la inversa, que un cojo metido a bailarín, vale, sin duda, lo que un tartamudo que llega a orador. Hay, tal vez, en esta anotación, un exceso de respeto que no puedo quitarme, por todo orden de jerarquía. O lo que es peor aun, carencia de finura por mi parte, y agravada en el hecho de ser la finura lo que distingue, esencialmente al autor de "Paris, Glosario Argentino". Pues quien sea este glosario recogió ante todo, dicha impresión. Hay finura en la observación de los propios sentimientos y de las cosas externas; finura en los breves trazos empleados para pintarlas. Mejor forma que la glosa no podía así, ser elegida, ya que en su minúsculo contingente, todo cabe bajo una única condición de sutileza. Emplea el señor Gache por despedirse de los que nos quedamos siempre, exaltando nuestro heroísmo, que llama modesto. Es un viaje que nos ofrece este libro, viaje inconcluso, pues fáltale el regreso. Con detalles sobre temas, no por olvidos menos interesantes, construye el Sr. Gache su amable filosofía, personal por cierto. Preocúpale las formas desarrolladas por el rastacerismo sudamericano, los gritos de nuestras compatriotas en París, los aspectos del music-hall, y hasta flora una lágrima elegante sobre las ruinas de los castillos, baluartes antaño de la caballería, hoy inundados de pedestres turistas. La partícula de seriedad que hay en el fondo de todo humorismo, sube frecuentemente a la superficie de sus glosas, pero es ligera y apenas si se advierte. Tampoco guarda el libro más pretensión que la de amenizar. Y es por esto más grato para mí, sobre todo, ya que me considero incluído en esa categoría de argentinos que acaso no viajemos nunca.

Hernán Gómez.

Parz las alumnas del Conservatorio Nacional de Música y Declamación, Consejo Nacional de Mujeres, etc.

Acaba de Publicar:

ROSA GARCÍA COSTA

POESIAS

Selección de LA RONDA DE LAS HORAS LA SIMPLE CANCIÓN

Precio: \$ 2. — En todas las librerías

Lea Vd. el último libro de

JORGE LUIS BORGES

El Idioma

de los Argentinos

Y OTROS ENSAYOS

\$ 2.50

En todas las Librerías

EL AGUILA Y LA SERPIENTE

Por Martín Luis Guzmán

INTERESANTÍSIMO libro. Le sobran materiales para formar una novela, y a su autor, aptitud y estilo, para haber logrado una de las novelas más hermosas de la hora actual de nuestra América. Ha preferido el Sr. Guzmán el modo llano del libro de memorias, vivido, caliente, espontáneo. Ayúdalo, como ya dije, su estilo, aparentemente sin pulir, pero, en realidad, rebosante de una gracia ligera que le ha permitido tratar los temas más terribles sin gasto de adjetivos, concretándose al relato en sí, sin comentarios, para dejar al lector abierto en interrogante, el rasguño trágico.

Buen libro, "El águila y la serpiente". La revolución mexicana que surge a raíz de la muerte de Madero, está en este libro palpitante. Los personajes de aquella hora negra y roja del desventurado México, aparecen en sus páginas con un relieve perfecto. Le basta a veces, a Guzmán, el grito de una frase de cincuenta palabras para presentar en escena a uno de sus tipos y dar al lector, sin una duda, la sensación realista de haberlo visto, en ocasión "ojido". Así Villa, Carranza, Obregón. Ninguno de ellos pasa por estas páginas con figura próter de héroes incorporados a los textos de la historia oficial, sino como fueron, hombres, revolucionarios y... mexicanos. Han de tener en buena cuenta esta hermosa y fuerte obra de Guzmán los historiadores del futuro, si es que no quieren caer en esa lamentable equivocación de todos los biógrafos que da por resultado el héroe immaculado que los niños admiran en las escuelas y los malos poetas cantan en los libros.

Pancho Villa, llena, entre otros, un capítulo hermostísimo; el que refiere su fuga de la cárcel de Santiago Tlalcalolco. La narra, sinceramente, Carlotos Jáuregui, el más joven de los villistas por Villa escapara limando los hierros de la reja.

En otros capítulos Villa y los villistas aparecen como "espejos contrapuestos, modos de ser que se reflejaban infinitamente uno en otro". Así en el titulado "La fiesta de las balas", en el que se pinta el alma emnegrecida y encanallada de Rodolfo Fierro. No creo que, al que este capítulo lea, pueda llegar a olvidarlo en mucho tiempo. Desgarra.

Se ha dicho y repetido, en crónicas bibliográficas españolas, que esta obra de Guzmán es "un libro cruel". Acaso esté mal empleando el término. Describe cosas crueles, eso sí. Con ellas, otro autor, hubiera logrado un volumen odioso. Guzmán nos da un libro todo lo amable que puede ser, tratando de lo que trata. Con esos materiales no podía hacerse un libro blanco. Tenía que resultar un libro rojo y negro, pues era rojo de sangre y negro de barbarie lo que el ambiente y los personajes le dieron; Y sin embargo, capítulos risueños contiene el libro, de buen humorismo, de fina ironía...

En general, un buen libro. Su autor, — una revelación para nosotros, — un excelente prosista.

Protasio Lucero.